

EN BUSCA DE MIGUEL COLLAZO

MIRIAM RODRÍGUEZ BETANCOURT

A los pocos minutos de conversar con Xiomara Palacio, la viuda de Miguel Collazo, deseché la pequeña grabadora que traía en mi bolso. Los recuerdos, unos alegres, otros dolorosos, muy dolorosos, fluían de sus labios con envidiable coherencia para dibujar, en la acogedora sala de su apartamento, la imagen de un hombre que algunos —los que no lo conocieron, como yo— pudieron imaginar sombrío, impenetrable; el escritor a quien se cuenta entre los más importantes de la ciencia ficción cubana, y uno de los narradores imprescindibles del siglo XX en la Isla. Xiomara es actriz de teatro, culta y amable, de esas personas a quienes parece uno conocer de siempre; discreta, pero abierta a confesiones que la mayoría suele evitar. Preferí que nada interviniera en su relato, solo hice algunas preguntas para precisar un dato o confirmar cierta idea.

Nos conocimos un domingo en la Plaza de la Catedral, allí exponían y vendían los pintores sus obras. Yo tenía diecinueve años, y andaba con vestidos largos, negros, era medio existencialista, estoy hablando del año 1961 donde todo pasaba. Nada, estaba curioseando las pinturas, y de pronto miré hacia los altos del edificio del

taller de serigrafía, y en ese momento lo vi. Nos cruzamos la mirada, fue electrificante, un amor a primera vista. Sí, ahí hablamos, él tendría veinticuatro o veinticinco años, me trataba de “usted” a pesar de que ambos éramos muy jóvenes. Empezó a fastidiarme, decía que yo no sabía nada de pintura; me pidió mi teléfono, se lo di, lo típico. Dijo estar muy nervioso por hablar conmigo, movía las manos como temblando y nos reíamos con eso. Al día siguiente, me llamó, salimos a dar una vuelta y enseguida me besó. Y a partir de ahí hasta el final. En 1962 nos casamos, y al año siguiente nació nuestro primer y único hijo, Abel.

1966: Se publica, por Ediciones Unión, su primera obra, *El libro fantástico de Oaj*, un volumen de cuentos, al que seguirán, hasta sumar trece títulos, relatos, novelas, noveletas y prosa varia.

Miguel tuvo una infancia muy humilde, su madre quedó viuda con cinco hijos, sin recursos para criarlos y debió repartirlos entre familiares allegados. Él tenía cinco o seis años cuando fue a vivir con su tía Mimí, una buena mujer que se ganaba la vida cosiendo para la calle, y en esa casa él descubrió las texturas de las telas, los colores, todo ese

mundo que lo fascinó. También dibujaba mucho, siempre siguió dibujando. Todo lo que sufrió su madre, con quien mantuvo una relación entrañable, y sus propias vivencias de niño, lo marcaron profundamente.

Fayad Jamís: *“Miguel Collazo nació en La Habana en 1936, y tuvo, tanto en la vida como en las labores artísticas, un difícil aprendizaje. Mundo sórdido que se inicia entre cuarterías, acarreo de agua, pícaros baratos, bobos de barrio, locos, politiqueros y personajes extravagantes. Realiza estudios dispersos en diferentes escuelas públicas, laicas o parroquiales, mezclándose esto con toda clase de ocupaciones y oficios”*.¹

Uno de sus primeros trabajos fue como diseñador en Permatex, una empresa norteamericana de textiles. Miguel era un gran dibujante, tenía una línea muy fina, y allí pagaban muy bien. Se sentía muy orgulloso cuando los fines de semana, entre los muchos diseñadores que presentaban sus trabajos a concurso, siempre se escogía, por lo menos, uno de los suyos. En esa etapa salíamos a todos lados, gastaba el dinero a manos llenas; también le gustaba compartir con sus amigos, tenía un concepto muy alto de la amistad. Recuerdo que estando él por los años setenta en

el Museo de Bellas Artes, se comió una injusticia, no me acuerdo el motivo, contra Progreso Arias y Sara Aguirre, un matrimonio que él apreciaba mucho, los adoraba. Miguel, que no era un hombre para nada violento, armó la de San Quintín, abrió de una patada la puerta de la oficina del funcionario responsable, y le dijo hasta alma mía con las más “dulces” palabras cervantinas, advirtiéndole que para él quien hablara mal de aquella pareja era como si hablara mal de sus padres.

A algunas personas las admiraba hasta la devoción, por ejemplo, a Luisa Josefina Hernández, su maestra en el Seminario de Drama-

turgia. Quiso mucho a sus amigos, Otto Fernández, Guillermo Prieto —quien vendió una magnífica casa sólo para mudarse cerca de nosotros—, Manolo Vidal, Fayad Jamís, Ángel Arango, Norberto Codina.

No era un hombre que le gustara figurar en nada, no le interesaban los corrillos literarios, ni la fama, nada de eso. No, no, jamás lo oí quejarse de que no le hubieran dado el Premio Nacional de Literatura, nunca me lo mencionó, pero estaba muy contento con sus cuatro Premios de la Crítica porque decía que de ese modo su obra era valorada por especialistas.

Sí, era un hombre muy tímido, pero capaz de expresarse con deta-

lles de una delicadeza increíble, con mucha ternura.

*Antonio José Ponte: “Llevó una vida apartada del resto de sus colegas, no pareció cortejar ninguna primacía, y pertenece dentro de la literatura cubana, a la minoría de la imaginación”.*²

No iba nunca a verme actuar, decía que no le gustaba el teatro, aunque en sus inicios había escrito para teatro y había estudiado en el Seminario de Dramaturgia, que él reconocía decisivo en su formación. Cuando yo trabajaba en el Guiñol, con los hermanos Camejo, al principio de nuestras relaciones, esperaba que la función terminara y me iba a buscar. Me vio en una de las puestas de *La Celestina*, y no le gustó en absoluto: “¡Qué va, hija, qué sufrimiento, y qué oscuridad!”.

La creación literaria era para él un tormento cuando no le brotaba en palabras lo que ya en su mente fraguaba, así podía estar unas horas o un día o dos, pero cuando salían ellas iban directo al papel, tecleaba sin parar en su máquina Underwood, que ahí usted la ve, sin tachar apenas, hasta el punto final, sin descansar. No tenía método ni rutina de trabajo. Cuando no podía escribir, se ponía a pintar, o a trabajar en el horno, a hacer sus obras de cerámica, vasijas, porrones, ceniceros, figuras, todas esas piezas que están aquí, en esa vitrina, en la terraza. Era un artista las veinticuatro horas del día. Eso sí le daba mucho placer.

No era una persona sombría, tenía un gran sentido del humor, siempre estaba bromeando. A pesar de sus sufrimientos desde niño; y luego cuando su familia se marchó del país, incluyendo la madre, fue terrible para él. Las injusticias de aquellos nefastos setenta, todo eso lo tradujo en experiencias para la creación, desde su primera novela hasta el último libro. En los noventa se fue nuestro hijo, otro golpe que lo desgarró, porque él era un padre maravilloso que lo adoraba.



Miguel Collazo a inicios de los sesenta

Alberto Garrandés: *“Cualquier intento académico de definir la galaxia Miguel Collazo, que sin duda es uno de los fenómenos más raros de la narrativa cubana contemporánea, tendrá siempre el insalvable y obvio defecto de no alcanzar la multiplicidad simultánea de perspectivas. Realismo simbólico, lírica filosófica, fantasía humorística, imaginación distópica, realismo ‘sucio’, ficción súbita y fabulación gótica son algunas de ellas. Y, al final, un solo Collazo. O, para decirlo con cierta precisión, una sola actitud ante la literatura”*.³

Una de las etapas más felices fue cuando vivimos en La Habana Vieja, que él se conocía al dedillo, y yo también, y que tanta importancia tuvo en su literatura. Vivimos prácticamente bajo el arco de Belén.

Le daba mucho gusto que se comentaran sus libros. Se sentía muy orgulloso cuando lo llamaban para preguntarle si tenía algo para publicar. Pero él no hacía concesiones, ni en literatura, ni en pintura, en ninguna de las formas de creación que cultivó. Viajó muy poco; que yo recuerde, a México, donde llevó una exposición de su pintura; a Checoslovaquia y Rumania, en intercambio de escritores. Como pintor, con más de cuarenta años dedicados al arte, tuvo muy pocas exposiciones.

Miguel Collazo: *“En El Arco de Belén yo parto de los recuerdos de la infancia, el barrio donde yo nací, los personajes que conocí y las raras relaciones entre esos seres atrapados en la tragedia de su mismidad, de su pureza, de sus vicios y contradicciones, las miradas a través de puertas y ventanas hacia intimidades remotas, como fuera del tiempo y del quehacer callejero, quietas, ensimismadas, fantasmales...”*.⁴

Ya en los últimos tiempos, bebía sin control. No podía evitarlo. Cuando alguien se le acercaba, con la mejor intención, y le aconsejaba que no lo hiciera, que se estaba destruyendo, le respondía: “Lo sé, pero la bebida es más fuerte que yo”. Ya no tenía fuerzas, apenas

podía hablar, imagínese qué pude pensar cuando me dijo que quería dictar un cuento, él tenía las manos muy temblorosas y como no podía teclear, dictaba a una grabadora. Pensé: “Esto debe ser una locura, no va a servir para nada”. Poco a poco, con mucho trabajo, pude descifrar sus palabras, las fui copiando en la máquina, y mire qué maravilla lo que escribió:

Lo peor de todo son los perros aullando. Los perritos de la barriada; los canelos, los negritos, los guaguas aullando como lobos de día y de noche. Sobre todo de noche, contra esa luna inmensa que torna las noches blancas, blancas y fantasmales, en esta loca temporada. Extraño. Sí, creo que eso

es lo peor de todo: los perros aullando. Increíble. Uno los puede sentir a todas horas. Claro, también están los gatos; los musimusi, los prusiús, los pusicats... No maúllan, no. Rugen calladamente, como los grandes felinos, llenos de furia. Leopardos, tigres o leones en miniatura. No se sabe, nadie sabe nada. Uno tiene que hacerse oídos sordos. Es terrible. Lo más terrible es eso: los animalitos domésticos y callejeros convertidos en lobos y panteras feroces. ¿Serán acaso alucinaciones? ¿Hipersensibilidad? No, seguramente no. Ocurre, nadie lo puede negar. Nadie. Ahí están, con sus aullidos y rugidos. Algo inexplicable. ¿Se habrán vuelto locos los animales también? No, nada de locos. Si los ves a



Miguel Collazo y Xiomara Palacio (foto: Chinlope)

ciertas horas del día son los canelos, los negritos y pusicats de siempre, y los puedes acariciar; sí, acariciar. Los gaticos... Los gatos, los felinos sigilosos, mansos, que apenas maúllan o ronronean y a los cuales la gente, las viejas de la barriada, les dan de comer. Pero se transforman, son otros, están debajo de los carros, en las azoteas, con sus ojos rasgados, luminosos, de fieras, rugiendo. Quién sabe. Pero lo peor de todo son los perros. Creo que lo que más duele y lastima son los perros. Los perros aullando, ululando como lobos y hienas. ¿Se habrán vuelto lobos de verdad? Bueno, existe la manía lupina. Hay hombres lobos, hombres enloquecidos, lunáticos. Realmente esta luna puede hacer ahora cualquier cosa. Los perros aullando como lobos. Terrible. Uno no se cansa de repetir eso: terrible y terrible. Nuestros perritos en la estepa de las calles y los acantilados de las azoteas, el hocico vuelto hacia la luna, aullando. Sí: esa luna... Tal vez la causa sea esa luna de esta temporada de cambios climáticos, borrascas y fenómenos de toda clase. Tal vez. Tal vez por eso los perros aúllen como lobos y los gatos se comporten como pequeños leopardos, panteras o tigres; no se sabe. Tal vez sea solamente la luna, esa luna gigantesca y grávida que pende de un cielo sin estrellas en estas noches demenciales. Sí, tal vez sea solamente eso.⁵

Entró en una depresión que ya era irreversible. Sí, yo me temía el desenlace. Ya él había hecho otros

intentos de suicidio, de los que todavía me pregunto cómo pudo salvarse. Tenía una obsesión constante con la muerte.

Ese día estábamos en cama, de madrugada, y oigo que me dice: "Me enterré una aguja en el corazón". Yo, medio dormida, no daba mucho crédito a sus palabras, pero me lo repitió y entonces le miro el pecho y veo un pequeño agujero, casi imperceptible. Corrimos hacia el hospital, y casi no podía creerlo, porque él hablaba con los médicos como si nada, normal; les explicaba, y los médicos azorados, hasta que le hicieron una placa. Me la mostraron, allí se veía claramente la aguja, una de aquellas agujas que su mamá usaba para coser colchones, una aguja grande y afilada. Todavía con el asombro reflejado en el rostro, el cirujano me dijo: "Hay que operarlo enseguida".

Miguel Collazo: "Todo autor tiene sus obsesiones: el amor, la muerte, la locura... En mí la obsesión está en las relaciones humanas mismas. Es casi una constante que las personas hablen tercamente sin entenderse, o tengan inteligencias distintas ante fenómenos iguales. De ahí se desprende cierto humor. Supongo que todo eso viene del mundo de mi infancia, que es la gran obsesión".⁶

Sí, era un seductor, con una voz profunda, de bajo, y con el

halo de escritor, imagínese cómo caían las moscas a su alrededor... Pero él no se vanagloriaba de eso, lo asumía como algo normal. Llegaba y me decía: "Tengo que hablar contigo, estoy enamorado, pero esto se me va a pasar, solo hay que esperar a que se me pase". Se enamoraba, sencillamente, hasta que, en efecto, se le pasaba. Algunas veces no era un tránsito pasajero, le duraba bastante, y yo esperando. Hasta que un día no pude más: le pedí el divorcio. Él no lo podía aceptar, la persecución fue implacable, llamaba a todas horas, gritaba, suplicaba, y, bueno, volvimos. Nos amábamos. Era un hombre muy apasionado, que me hizo muy feliz, y con quien sufrí mucho también. Él me llenó de vida. ▀

Notas:

¹ Fayad Jamís: Prólogo de *Dulces Delirios*, Ed. Unión, La Habana, 1996, p. 7.

² Antonio José Ponte: Prólogo de *Trastiendas*, Ed. Unión, La Habana, 2000, p. 6.

³ Alberto Garrandés: "Por una literatura en los límites" en *La Jiribilla*, año V, no. 296, 2007

⁴ Jorge L. Bernard y Juan A. Pola: *Quiénes escriben en Cuba*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 157.

⁵ Miguel Collazo: "Trastiendas" en *La Gaceta de Cuba*, no. 2, marzo-abril, 2000, pp. 37-38.

⁶ Jorge L. Bernard y Juan A. Pola: ob.cit.



MIRIAM RODRÍGUEZ BETANCOURT

(La Habana, 1939)
Periodista

Algunas de sus colaboraciones en *Revolución*, *El Mundo* y *Bohemia* aparecen reunidas en *Entre tú y yo* (1997). Premio Nacional de Periodismo José Martí 2009.